

LA IGLESIA

• LA IGLESIA FUNDADA POR JESÚS

El final trágico de Jesús decepcionó y dispersó a los discípulos. El proyecto de Jesús había fracasado (Lc 24, 21)

La experiencia de la Resurrección les volvió a congregarse.

Esta experiencia les hace descubrir en profundidad el misterio de Jesús. Y se sienten convocados y enviados por Él para continuar su misión (Lc 24, 34; Hch 2, 32; 3, 14–16). Otro acontecimiento marcó la vida de los apóstoles: el envío del Espíritu Santo en Pentecostés.

A partir de este acontecimiento, Pentecostés, surgió la Iglesia como nueva comunidad de salvación. La Iglesia nace por la efusión del Espíritu Santo (Hch 2, 1–13)

• ¿Cómo se le llama al grupo de seguidores de Jesús?

Al grupo de personas que siguen a Jesús, le designan de varias maneras, según encontramos en los evangelios, cartas y demás textos del N.T. Estos términos son: los que siguen a Jesús, los que han aceptado su palabra, la muchedumbre de creyentes

En los hechos de los Apóstoles (Hch 11, 26) encontramos: y fue en Antioquia donde por primera vez llamaron a los discípulos 'cristianos'

Después aparece el término EKKLESIA (término griego que significa asamblea). Se elige para designar la asamblea o comunidad cristiana. Otras veces se asigna a los fieles que se reúnen en una casa –iglesia doméstica– o al grupo de cristianos de una localidad.

• ORIGEN CRISTOLÓGICO DE LAS IGLESIA

La Cabeza y alma de la Iglesia es Jesucristo. Es herencia irrenunciable de la fe cristiana eclesial la fundación de la Iglesia por Cristo. Aún cuando no todos los elementos institucionales se remontan al Jesús histórico, bien se puede decir que la Iglesia fue preformada por Cristo, en sus elementos esenciales (Mt 16, 15–20)

No podemos decir que hubiese un momento en el cual determinar el nacimiento de la Iglesia.

Pero sí es idea de Jesús a través de su predicación el que hubiese una Iglesia (al organizar una comunidad de discípulos) al elegir un grupo. Es con el anuncio del Reino de Dios como comienza a germinar la Iglesia.

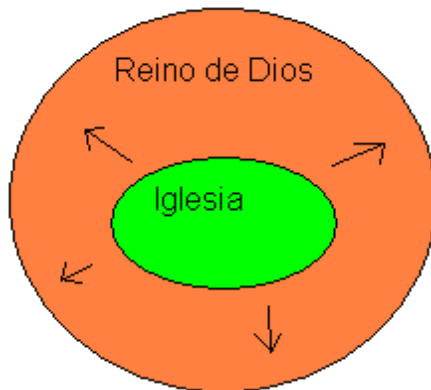
Jesús no funda la Iglesia, pero la Iglesia se fundamenta en Cristo

LG5: Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la llegada del Reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura

El Reino de Dios está próximo, se inaugura en la persona de Jesús, en su palabra y en sus signos.

La MISIÓN DE LA IGLESIA es la de continuar y realizar la pretensión de Jesús, predicar y extender el Reino de Dios (Mc 16, 16–20; Mt 28, 18–20)

La Iglesia no se identifica exactamente con el Reino de Dios, que es un concepto más amplio. Pero, entre la Iglesia y el Reino de Dios hay una estrecha dependencia y vinculación. No puede entenderse la Iglesia sin relación y referencia al reino de Dios. No obstante, se podrían vivir los valores del reino de Dios (paz, justicia, verdad, amor) sin pertenecer jurídicamente a la Iglesia.



• LA PRIMITIVA COMUNIDAD DE JERUSALÉN

El reinado de Dios no se da sino en aquellos que han experimentado la proximidad de Jesús (los discípulos de Jesús). Jesús organiza una comunidad. Su intención es la de presentarla como modelo de lo que ha de ser el pueblo de Dios. Jesús, durante su vida se rodeó de un grupo de discípulos, cuyas características aparecen en el evangelio: llamada, seguimiento, adhesión, participación del Reino (Mt 4, 18–21; Mc 1, 16–20; Mc 2, 14)

• Características

- El **seguimiento**. Jesús entre sus discípulos elige a DOCE con quien mantuvo una relación especial y los incorporó a su misión (Lc 6, 13; Mc 3, 14)
- Les da una **misión**: Id a predicar
- Les **revela enseñanzas** especiales y profecías sobre su muerte.
- Les **designa padres** de las tribus y jefes del nuevo Israel.
- **Celebra** la última cena.
- Les **comunica** su Espíritu.
- Destaca la figura de **Pedro**.

En la última cena, Jesús entregó su Cuerpo y su Sangre. Es la institución de la Eucaristía y del sacerdocio. Allí nació el pueblo de la Nueva Alianza (Mt 26, 26–29; Mc 14, 22–26; Lc 22, 14–20)

La decisión de los Doce de continuar la misión de Jesús, movidos por el Espíritu Santo, constituyó el paso decisivo para la constitución de la Iglesia, que nació precisamente con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

A partir de Pentecostés, el Predicador se convierte en el Predicado. El contenido de la predicación de esta Iglesia es el denominado KERIGMA, como lo recoge Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles: Jesús nazareno, a quien vosotros matasteis en la cruz, Dios lo resucitó (Hch 2, 22–25). Y Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis (Hch 2, 36)

Los **requisitos** para ser Iglesia:

- Tener conciencia de que Jesús es el Cristo.
- Recibir el Espíritu.

¿Cómo va creciendo la Iglesia?

- Mediante la **Palabra** y los **Signos**.
 - ◆ Que Cristo murió por nuestros pecados.
 - ◆ Que fue sepultado.
 - ◆ Que resucitó al tercer día.
 - ◆ Que se le apareció a Pedro y a los Doce.

La Iglesia de Jerusalén es la primera realización práctica del nuevo Pueblo de Dios (Hch 4, 31)

Estilo de vida de la primera comunidad:

- Jesús es el centro de la predicación
- El Reino de Dios, el tema clave y la imagen preferida.
- Nuevo Pueblo
 - ◆ Nuevo culto
 - ◆ Nuevo templo
 - ◆ Nuevas instituciones
 - ◆ Nuevo sacerdocio
 - ◆ Nueva Alianza
- Comunión
 - ◆ Escuchaban la enseñanza de los apóstoles
 - ◆ Tenían todo en común
 - ◆ Oración en común
 - ◆ Celebraban la fracción del pan
- Enviados a una misión
 - ◆ Expansión en Palestina
 - ◆ Expansión a otras culturas
- Una comunidad con problemas
 - ◆ Externos: surgen las persecuciones
 - ◆ Internos: de orden moral, postural y doctrinal

• FUNCIONES EN LA IGLESIA

3.1– Profeta

- Cristo EL Gran Profeta. Esta función la desempeñan todos (jerarquía y laicos).
- En el AT, sólo algunos. En el Nuevo Pueblo, todos (todo el pueblo llamado a ser profeta). Ejercitado según la peculiar vocación.
- **Magisterio de la Iglesia:** Cristo el único Maestro, confía la transmisión en los apóstoles.
- La custodia y exposición del depósito de la fe confiada a sus sucesores (los obispos).
- Inhabilidad de la comunidad eclesial.
- El magisterio se ejerce:
 - ◆ Ordinaria: ejercicio ordinario del Papa, obispos, sacerdotes
 - ◆ Extraordinaria: Concilios, sínodos, y casos especiales
- No todas las intervenciones del Papa tienen la misma fuerza vinculante a nivel doctrinal (Constituciones, Cartas, Encíclicas, Homilías, reflexiones)
- Explica en qué consiste la fe cristiana

3.2– Sacerdote

- Sacerdocio real (común)

- Momento inicial: Bautismo
- Tiene acceso a Dios
- Capacidad de ofrecer sacrificios
- Rinde culto a Dios, en su propio cuerpo
- Participa en la celebración de sacramentos
- Sacerdocio ministerial es participación diversa al sacerdocio común, pero ordenado al sacerdocio real (común). La finalidad última del sacerdocio ministerial es hacer que se viva, se ejercite y fructifique el sacerdocio real de todos los bautizados
- Poder tener una relación directa con Dios sin necesidad de intermediarios

3.3– Rey

- La realeza del pueblo de Dios se entiende a la luz de la novedad de la persona de Jesús (señorío y servicio)
- Cristo es rey, se pone al servicio del Padre y de la salvación de todos
- Yo no he venido para ser servido, sino para servir
- Actitud que debe ser la de sus seguidores
- Señorío y no esclavos (liberados de la esclavitud a la que vino a liberarnos)
- Para ser pueblo regio dotado de gobierno pastoral (recordar la vocación a ser libres y servidores, superar ética individualista)
- Impulsar a la comunidad a salir de sí misma y sentirse servidora de la humanidad
- Solidaria del género humano y de la historia

• CARACTERÍSTICAS DE LA IGLESIA

4.1– Una

Inseparable de la fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La unidad se expresa en la fe común, mismo culto y en la comunión

No equivale a uniformidad, sino que existe en realizaciones diversas. A través de la historia existe en pluralidad de iglesias, en formas diferentes, procesos diversos, experiencias complementarias.

La unidad de la Iglesia siempre está por hacer, aspiración continua a la plenitud, a la consumación, a la reconciliación.

4.2– Apostólica

La Iglesia es apostólica en triple sentido:

- Fue edificada sobre el fundamento de los apóstoles
- Guarda y transmite la enseñanza de los apóstoles
- Sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los apóstoles. No es sólo sucesión mecánica de un individuo respecto a su predecesor, sino que es la transmisión dinámica que es la Iglesia misma.

Apostolicidad, tradición, comunidad deben conjugarse, porque todos participan del mandato apostólico de proclamar la buena noticia.

Incluye el testimonio evangélico, la edificación de la comunidad, la conservación de la identidad eclesial en los ministerios y estados eclesiales, la participación compartida en la responsabilidad común.

4.3– Católica

Es católica en un doble sentido:

- En cuanto Cristo está presente en ella, como cabeza del cuerpo místico
- En cuanto ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad de la humanidad

La catolicidad le hace a la Iglesia dinámica, abierta, expansiva, comunicativa, integradora. Es la que permite entender mejor la misión de la Iglesia y sus exigencias en función de las circunstancias históricas.

Es experiencia eclesial de vivir en una Iglesia que mantiene su unidad en la diversidad de pueblos y figuras distintas. Es la riqueza y contenido de la unidad, da vida y cuerpo a la apostolicidad, ofrece espacio y amplitud a la santidad.

No es exclusividad, sino voluntad de integración.

4.4– Santa

La Iglesia no puede dejar de ser santa porque Dios es santo.

La distancia entre la santidad y las debilidades de los cristianos queda superada por el amor, experimentado en Dios. La santidad no es exclusión o condena, sino acercamiento, oferta y acogida.

La llamada que recibe la Iglesia es expresión de esta santidad, que habla desde la plenitud, se anticipa en la Iglesia. Es garantía de fidelidad de Dios. La empuja a una mayor perfección, a una permanente conversión.

Los santos son el testimonio y el eco a aquello a lo que están llamados los cristianos.

• IGLESIA Y REINO DE DIOS

• Ejemplos:

- ♦ **Diaconía:** Madreselva, domund, comedores sociales
- ♦ **Koinonía:** comunidades cristianas, sacerdocio, convivencias religiosas
- ♦ **Kerigma:** misa, cursos prematrimoniales, enseñar la palabra de Dios
- ♦ **Liturgia:** boda, bautizo, comunión

CAPITULO II

EL PUEBLO DE DIOS

Nueva Alianza y nuevo Pueblo

9. En todo tiempo y en todo pueblo son adeptos a Dios los que le temen y practican la justicia (cf. Act., 10,35). Quiso, sin embargo, Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente.

Eligió como pueblo suyo el pueblo de Israel, con quien estableció una alianza, y a quien instruyo gradualmente manifestándole a Sí mismo y sus divinos designios a través de su historia, y santificándolo para Sí.

Pero todo esto lo realizó como preparación y figura de la nueva alianza, perfecta que había de efectuarse en Cristo, y de la plena revelación que había de hacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne. "He aquí que

llega el tiempo –dice el Señor–, y haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá. Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos, y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán", afirma el Señor (Jr., 31,31–34).

Nueva alianza que estableció Cristo, es decir, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. 1 Cor., 11,25), convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles que se condensara en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios.

Pues los que creen en Cristo, renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo (cf. 1 Pe., 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn., 3,5–6), son hechos por fin "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición... que en un tiempo no era pueblo, y ahora pueblo de Dios" (Pe., 2,9–10).

Ese pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo, "que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación" (Rom., 4,25), y habiendo conseguido un nombre que está sobre todo nombre, reina ahora gloriosamente en los cielos.

Tienen por condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar, como el mismo Cristo nos amó (cf. Jn., 13,34). Tienen últimamente como fin la dilatación del Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por El mismo al fin de los tiempos cuanto se manifieste Cristo, nuestra vida (cf. Col., 3,4), y "la misma criatura será libertad de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios" (Rom., 8,21).

Aquel pueblo mesiánico, por tanto, aunque de momento no contenga a todos los hombres, y muchas veces aparezca como una pequeña grey es, sin embargo, el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano.

Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por El como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt., 5,13–16).

Así como el pueblo de Israel según la carne, el peregrino del desierto, es llamado alguna vez Iglesia (cf. 2 Esdras, 13,1; Núm., 20,4; Deut., 23, 1ss), así el nuevo Israel que va avanzando en este mundo hacia la ciudad futura y permanente (cf. Hebr., 13,14) se llama también Iglesia de Cristo (cf. Mt., 16,18), porque El la adquirió con su sangre (cf. Act., 20,28), la llenó de su Espíritu y la proveyó de medios aptos para una unión visible y social.

La congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación, y principio de la unidad y de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de esta unidad salútfera, para todos y cada uno. Rebosando todos los límites de tiempos y de lugares, entra en la historia humana con la obligación de extenderse a todas las naciones.

Caminando, pues, la Iglesia a través de peligros y de tribulaciones, de tal forma se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió, que en la debilidad de la carne no pierde su fidelidad absoluta, sino que persevera siendo digna esposa de su Señor, y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso.

El sacerdocio común

10. Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. Hebr., 5,1–5), a su nuevo pueblo "lo hizo Reino de sacerdotes para Dios, su Padre" (cf. Ap., 1,6; 5,9–10). Los bautizados son consagrados como casa

espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cf. 1 Pe., 2,4–10).

Por ello, todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios (cf. Act., 2,42.47), han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rom., 12,1), han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y a quien se la pidiere, han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cf. 1 Pe., 3,15).

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordena el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial no solo gradual. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad que posee, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo: los fieles, en cambio, en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante.

Ejercicio del sacerdocio común en los sacramentos

11. La condición sagrada y orgánicamente constituida de la comunidad sacerdotal se actualiza tanto por los sacramentos como por las virtudes. Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana y, regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia.

Por el sacramento de la confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta forma se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe, con su palabra y sus obras, como verdaderos testigos de Cristo.

Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella; y así, tanto por la oblación como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica, no confusamente, sino cada uno según su condición.

Pero una vez saciados con el cuerpo de Cristo en la asamblea sagrada, manifiestan concretamente la unidad del pueblo de Dios aptamente significada y maravillosamente producida por este augustísimo sacramento.

Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de Este, y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando, ofendieron, la cual, con caridad, con ejemplos y con oraciones, les ayuda en su conversión.

La Iglesia entera encomienda al Señor, paciente y glorificado, a los que sufren, con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, para que los alivie y los salva (cf. Sant., 5,14–16); más aún, los exhorta a que uniéndose libremente a la pasión y a la muerte de Cristo (Rom., 8,17; Col., 1 24; 2 Tim., 2,11–12; 1 Pe., 4,13), contribuyan al bien del Pueblo de Dios.

Además, aquellos que entre los fieles se distinguen por el orden sagrado, quedan destinados en el nombre de Cristo para apacentar la Iglesia con la palabra y con la gracia de Dios.

Por fin, los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que manifiestan y participan del misterio de la unidad y del fecundo amor entre Cristo y la Iglesia (Ef., 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de los hijos, y, por tanto, tienen en su condición y estado de vida su propia gracia en el Pueblo de Dios (cf. 1 Cor., 7,7).

Pues de esta unión conyugal procede la familia, en que nacen los nuevos ciudadanos de la sociedad humana,

que por la gracia del Espíritu Santo quedan constituidos por el bautismo en hijos de Dios para perpetuar el Pueblo de Dios en el correr de los tiempos.

En esta como Iglesia doméstica, los padres han de ser para con sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo, y han de fomentar la vocación propia de cada uno, y con especial cuidado la vocación sagrada.

Los fieles todos, de cualquier condición y estado que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios cada uno por su camino a la perfección de la santidad por la que el mismo Padre es perfecto.

Sentido de la fe y de los carismas en el Pueblo de Dios

12. El pueblo santo de Dios participa también del don profético de Cristo, difundiendo su vivo testimonio, sobre todo por la vida de fe y de caridad, ofreciendo a Dios el sacrificio de la alabanza, el fruto de los labios que bendicen su nombre (cf. Hebr., 13,15).

La universalidad de los fieles que tiene la unción del Santo (cf. 1 Jn., 2,20–17) no puede fallar en su creencia, y ejerce ésta su peculiar propiedad mediante el sentimiento sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando "desde el Obispo hasta los últimos fieles seglares" manifiestan el asentimiento universal en las cosas de fe y de costumbres.

Con ese sentido de la fe que el Espíritu Santo mueve y sostiene, el Pueblo de Dios, bajo la dirección del magisterio, al que sigue fidelísimamente, recibe no ya la palabra de los hombres, sino la verdadera palabra de Dios (cf. 1 Tes., 2,13), se adhiere indefectiblemente a la fe dada de una vez para siempre a los santos (cf. Jds., 3), penetra profundamente con rectitud de juicio y la aplica más íntegramente en la vida.

Además, el mismo Espíritu Santo no solamente santifica y dirige al Pueblo de Dios por los Sacramentos y los ministerios y lo enriquece con las virtudes, sino que "distribuye sus dones a cada uno según quiere" (1 Cor., 12,11), reparte entre los fieles de cualquier condición incluso gracias especiales, con que los dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia según aquellas palabras: "A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad" (1 Cor., 12,7).

Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo.

Los dones extraordinarios no hay que pedirlos temerariamente, ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos de los trabajos apostólicos, sino que el juicio sobre su autenticidad y sobre su aplicación pertenece a los que presiden la Iglesia, a quienes compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino probarlo todo y quedarse con lo bueno (cf. 1 Tes., 5,19–21).

Universalidad y catolicidad del único Pueblo de Dios

13. Todos los hombres son llamados a formar parte del Pueblo de Dios. Por lo cual este Pueblo, siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos para cumplir los designios de la voluntad de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana y determinó congregar en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf. Jn., 11,52).

Para ello envió Dios a su Hijo a quien constituyó heredero universal (cf. He., 1,2), para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios. Para ello, por fin, envió al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, que es para toda la Iglesia, y para todos y cada uno de los creyentes,

principio de asociación y de unidad en la doctrina de los Apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración (cf. Act., 2,42).

Así, pues, de todas las gentes de la tierra se compone el Pueblo de Dios, porque de todas recibe sus ciudadanos, que lo son de un reino, por cierto no terreno, sino celestial. Pues todos los fieles esparcidos por la haz de la tierra comunican en el Espíritu Santo con los demás, y así "el que habita en Roma sabe que los indios son también sus miembros".

Pero como el Reino de Cristo no es de este mundo (cf. Jn., 18,36), la Iglesia, o Pueblo de Dios, introduciendo este Reino no arrebató a ningún pueblo ningún bien temporal, sino al contrario, todas las facultades, riquezas y costumbres que revelan la idiosincrasia de cada pueblo, en lo que tienen de bueno, las favorece y asume; pero al recibir las las purifica, las fortalece y las eleva.

Pues sabe muy bien que debe asociarse a aquel Rey, a quien fueron dadas en heredad todas las naciones (cf. Sal., 2,8) y a cuya ciudad llevan dones y obsequios (cf. Sal., 71 [72], 10; Is., 60,4-7; Ap., 21,24).

Este carácter de universalidad, que distingue al Pueblo de Dios, es un don del mismo Señor por el que la Iglesia católica tiende eficaz y constantemente a recapitular la Humanidad entera con todos sus bienes, bajo Cristo como Cabeza en la unidad de su Espíritu.

En virtud de esta catolicidad cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se aumentan con todos lo que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad.

De donde resulta que el Pueblo de Dios no sólo congrega gentes de diversos pueblos, sino que en sí mismo está integrado de diversos elementos, Porque hay diversidad entre sus miembros, ya según los oficios, pues algunos desempeñan el ministerio sagrado en bien de sus hermanos; ya según la condición y ordenación de vida, pues muchos en el estado religioso tendiendo a la santidad por el camino más arduo estimulan con su ejemplo a los hermanos.

Además, en la comunión eclesial existen Iglesias particulares, que gozan de tradiciones propias, permaneciendo íntegro el primado de la Cátedra de Pedro, que preside todo el conjunto de la caridad, defiende las legítimas variedades y al mismo tiempo procura que estas particularidades no sólo no perjudiquen a la unidad, sino incluso cooperen en ella.

De aquí dimanar finalmente entre las diversas partes de la Iglesia los vínculos de íntima comunicación de riquezas espirituales, operarios apostólicos y ayudas materiales. Los miembros del Pueblo de Dios están llamados a la comunicación de bienes, y a cada una de las Iglesias pueden aplicarse estas palabras del Apóstol: "El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios" (1 Pe., 4,10).

Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz y a ella pertenecen de varios modos y se ordenan, tanto los fieles católicos como los otros cristianos, e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios.

Los fieles católicos

14. El sagrado Concilio pone ante todo su atención en los fieles católicos y enseña, fundado en la Escritura y en la Tradición, que esta Iglesia peregrina es necesaria para la Salvación. Pues solamente Cristo es el Mediador y el camino de la salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia, y El, inculcando con palabras concretas la necesidad de la fe y del bautismo (cf. Mc., 16,16; Jn., 3,5), confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como puerta obligada.

Por lo cual no podrían salvarse quienes, sabiendo que la Iglesia católica fue instituida por Jesucristo como necesaria, rehusaran entrar o no quisieran permanecer en ella.

A la sociedad de la Iglesia se incorporan plenamente los que, poseyendo el Espíritu de Cristo, reciben íntegramente sus disposiciones y todos los medios de salvación depositados en ella, y se unen por los vínculos de la profesión de la fe, de los sacramentos, del régimen eclesiástico y de la comunión, a su organización visible con Cristo, que la dirige por medio del Sumo Pontífice y de los Obispos.

Sin embargo, no alcanza la salvación, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien no perseverando en la caridad permanece en el seno de la Iglesia "en cuerpo", pero no "en corazón". No olviden, con todo, los hijos de la Iglesia que su excelsa condición no deben atribuirlos a sus propios méritos, sino a una gracia especial de Cristo: y si no responden a ella con el pensamiento, las palabras y las obras, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad.

Los catecúmenos que, por la moción del Espíritu Santo, solicitan con voluntad expresa ser incorporados a la Iglesia, se unen a ella por este mismo deseo; y la madre Iglesia los abraza ya amorosa y solícitamente como a hijos.

Vínculos de la Iglesia con los cristianos no católicos

15. La Iglesia se siente unida por varios vínculos con todos lo que se honran con el nombre de cristianos, por estar bautizados, aunque no profesan íntegramente la fe, o no conservan la unidad de comunión bajo el Sucesor de Pedro.

Pues conservan la Sagrada Escritura como norma de fe y de vida, y manifiestan celo apostólico, creen con amor en Dios Padre todopoderoso, y en el hijo de Dios Salvador, están marcados con el bautismo, con el que se unen a Cristo, e incluso reconocen y reciben en sus propias Iglesias o comunidades eclesiales otros sacramentos.

Muchos de ellos tienen episcopado, celebran la sagrada Eucaristía y fomentan la piedad hacia la Virgen Madre de Dios. Hay que contar también la comunión de oraciones y de otros beneficios espirituales; más aún, cierta unión en el Espíritu Santo, puesto que también obra en ellos su virtud santificante por medio de dones y de gracias, y a algunos de ellos les dio la fortaleza del martirio.

De esta forma el Espíritu promueve en todos los discípulos de Cristo el deseo y la colaboración para que todos se unan en paz en un rebaño y bajo un solo Pastor, como Cristo determinó. Para cuya consecución la madre Iglesia no cesa de orar, de esperar y de trabajar, y exhorta a todos sus hijos a la santificación y renovación para que la señal de Cristo resplandezca con mayores claridades sobre el rostro de la Iglesia.

Los no cristianos

16. Por fin, los que todavía no recibieron el Evangelio, están ordenados al Pueblo de Dios por varias razones. En primer lugar, por cierto, aquel pueblo a quien se confiaron las alianzas y las promesas y del que nació Cristo según la carne (cf. Rom., 9,4–5); pueblo, según la elección, amadísimo a causa de los padres; porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables (cf. Rom., 11,28–29).

Pero el designio de salvación abarca también a aquellos que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar los musulmanes, que confesando profesar la fe de Abraham adoran con nosotros a un solo Dios, misericordiosos, que ha de juzgar a los hombres en el último día.

Este mismo Dios tampoco está lejos de otros que entre sombras e imágenes buscan al Dios desconocido, puesto que les da a todos la vida, la inspiración y todas las cosas (cf. Act., 17,25–28), y el Salvador quiere que

todos los hombres se salven (cf. 1 Tim., 2,4).

Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna.

La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta.

La Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero, que entre ellos se da, como preparación evangélica, y dado por quien ilumina a todos los hombres, para que al fin tenga la vida. pero con demasiada frecuencia los hombres, engañados por el maligno, se hicieron necios en sus razonamientos y trocaron la verdad de Dios por la mentira sirviendo a la criatura en lugar del Criador (cf. Rom., 1,24–25), o viviendo y muriendo sin Dios en este mundo están expuestos a una horrible desesperación.

Por lo cual la Iglesia, recordando el mandato del Señor: "Predicad el Evangelio a toda criatura (cf. Mc., 16,16), fomenta encarecidamente las misiones para promover la gloria de Dios y la salvación de todos.

Carácter misionero de la Iglesia

17. Como el Padre envió al Hijo, así el Hijo envió a los Apóstoles (cf. Jn., 20,21), diciendo: "Id y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt., 28,19–20).

Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los Apóstoles con la encomienda de llevarla hasta el fin de la tierra (cf. Act., 1,8). De aquí que haga suyas las palabras del Apóstol: " ¡Ay de mí si no evangelizara! " (1 Cor., 9,16), por lo que se preocupa incansablemente de enviar evangelizadores hasta que queden plenamente establecidas nuevas Iglesias y éstas continúen la obra evangelizadora.

Por eso se ve impulsada por el Espíritu Santo a poner todos los medios para que se cumpla efectivamente el plan de Dios, que puso a Cristo como principio de salvación para todo el mundo. predicando el Evangelio, mueve a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe, los dispone para el bautismo, los arranca de la servidumbre del error y de la idolatría y los incorpora a Cristo, para que crezcan hasta la plenitud por la caridad hacia El.

Con su obra consigue que todo lo bueno que haya depositado en la mente y en el corazón de estos hombres, en los ritos y en las culturas de estos pueblos, no solamente no desaparezca, sino que cobre vigor y se eleve y se perfeccione para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre.

Sobre todos los discípulos de Cristo pesa la obligación de propagar la fe según su propia condición de vida. Pero aunque cualquiera puede bautizar a los creyentes, es, no obstante, propio del sacerdote el consumir la edificación del Cuerpo de Cristo por el sacrificio eucarístico, realizando las palabras de Dios dichas por el profeta: "Desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece a mi nombre una oblación pura" (Mal., 1,11).

Así, pues ora y trabaja a un tiempo la Iglesia, para que la totalidad del mundo se incorpore al Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda todo honor y gloria al Creador y Padre universal.

• CÓMO ACTÚA LA IGLESIA HOY

6.1– LA IGLESIA ES LA COMUNIDAD DE SEGUIDORES DE CRISTO

- Desde sus inicios, la Iglesia ha recorrido un largo camino en el que ha experimentado formas diferentes. Se han dado épocas en las que han prevalecido los valores temporales y otros, en los que han brillado los valores espirituales. Esto nos invita a profundizar en el conocimiento del misterio de la Iglesia.
- La Iglesia se ha mantenido fiel a su identidad, en medio de tantos cambios a lo largo de la historia.
- La descripción de la Iglesia se reduce, para algunos, a sus meros aspectos y visibles, como los de una institución poderosa y una sociedad jerárquica.
- Hoy, a partir del Concilio Vaticano II se describe la naturaleza de la Iglesia y su doble aspecto:
 - ◆ Espiritual e invisible
 - ◆ Social y visible
- La Iglesia se describe como el Nuevo Pueblo de Dios, comunidad de los seguidores de Jesús en el mundo y de los valores trascendentales (LG 9–17)

• IGLESIA SACRAMENTO

7.1– SACRAMENTO DE COMUNIÓN

- A partir del descubrimiento de la Iglesia como sacramento se tiene una nueva conciencia eclesial
- De acorde a los nuevos lenguajes simbólicos, la Iglesia, que tiene que hacerse signo y sacramento, es la presencia pública de la acogida humana del don de Dios. Se hace presente como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo.

7.2– SACRAMENTALIDAD DE LA IGLESIA

- Cristo es el fundamento de la sacramentalidad de la Iglesia, porque es sacramento del encuentro con Dios y con el hombre.
- En la antigüedad cristiana entendían la Iglesia como misterio y sacramento. En la Iglesia se expresa y actualiza el misterio global de Dios y por ello queda constituida como sacramento.
- La Iglesia, sacramento primordial: es signo, y signo eficaz.
- La Iglesia actúa sacramentalmente:
 - ◆ Por fidelidad a Dios
 - ◆ Por apertura a la acción salvífica
 - ◆ Como mediación visible y oficial de la Iglesia

7.3– SACRAMENTO DE SALVACIÓN

- La Biblia presenta la salvación como la obra de Dios que se realiza en Cristo. Pero la salvación que se ofrece exige acogida y respuesta del hombre. La salvación es integral. Afecta a todo el hombre y abarca su dimensión individual y social.
- Es dinámica y en crecimiento, hasta llegar a su plenitud. Esta salvación es trascendente – **el más allá**; se verifica también ahora y aquí, **el más acá**; pero aquí, todavía no del todo, **el ya pero todavía no**
 - ◆ Salvación para **el más allá**. Hay que considerar la salvación en la perspectiva del **más allá**, en función de lo trascendente
 - ◆ Salvación para el más acá. Orientación hacia el aspecto del compromiso con el mundo, a la identificación de la actividad política
 - ◆ Salvación **ya, pero todavía no**. La Iglesia no puede renunciar a la evangelización. Ante las múltiples ofertas de salvación, la que ofrece la Iglesia es liberación sin reduccionismos.

7.4– SACRAMENTO EN LA HISTORIA Y EN EL MUNDO

- La Iglesia es expresión del mundo redimido, de lo que el mundo está llamado a ser, de la nueva creación.
- La inserción en el mundo tiene el peligro de someter a la Iglesia, a las instituciones sociales. El peligro de los fundamentalismos.
- Inserta en la historia, desvela su sentido:
 - ◆ En cuanto al pasado, recuerda su origen divino de la salvación
 - ◆ Respecto al presente revela las realidades divinas presentes en la historia
 - ◆ Respecto al futuro, anticipa la consumación del destino de las historia
- Sacramento de la unidad del género humano. Reconoce sus limitaciones y miserias y descubre que no vive de su propia fuerza sino de la gracia del señor y del Espíritu.
- Asume el mismo destino de la revelación de Dios, que se nos da a conocer lo suficiente para descubrirlo, pero que se mantiene oscura para aquellos que cierran los ojos y no la reconocen.

Comunidad de		
Fe	Vida	Trabajo
Oración y celebración comunitaria	Grupos	Compromiso comunitario
Iniciación catecumenal	Compartir	Acciones concretas
Fe–vida	Relaciones fraternas	Análisis realidad
Palabra de Dios–realidad		

- Tener fe es lo más básico, se intenta que la comunidad capte o se interese por la fe a partir de celebraciones o catequesis.
- La catequesis se hace en grupo. Se habla de distintos temas. Se fomenta el ser comunidad, haciendo los grupos, aprendiendo a compartir.
- A través de actividades se forma como comunidad de trabajo, para ayudar a los demás

Contenidos Teológicos La Iglesia 2º Infantil B